Copy 1

# EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

# ¡CAMINO DE LEGANÉS!...

LOCURA EN UN ACTO Y EN PROSA.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1868.

# CATALOGO

## DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los extasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

# ¡CAMINO DE LEGANÉS!..

# ¡CAMINO DE LEGANÉS!...

LOCURA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

**DON JUAN BELZA.**

Representada con extraordinario éxito en el teatro de Jovellanos el 21 de Setiembre de 1868.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
**1868.**

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| SULPICIO | SR. MARIO. |
| DON FABIAN | SR. ALISEDO. |
| CIPRIANO, sobrino de D. Fabian. | SR. MAZA. |
| MARTINA, criada del mismo | SRA. MORILLA. |
| ADELA, hija de D. Sulpicio | SRA. VALLARIN. |

La escena en Madrid.

# ACTO ÚNICO.

Comedor en casa de D. Fabian. Al foro, en el centro, una gran ventana que da al jardin: al foro, igualmente, derecha del actor, puerta que sirve de entrada general. Otras dos puertas laterales; la de la izquierda (siempre del actor) es la habitacion de D. Fabian, y la de la derecha comunica con otras habitaciones. Buffet, ó sea aparador, á la izquierda de la ventana: una mesita y un sillon, primer término derecha; sillas, cuadros, etc.

## ESCENA PRIMERA.

La escena aparece sola. Se oye en la calle un organillo, pero lejano, para que deje oir á los actores. Pocos momentos despues MARTINA cepillando unos botitos.

FABIAN. (Dentro.) Martina!

MART. (Dentro, contestando desde el extremo opuesto.) Ya voy! ya voy.

FABIAN. (El mismo juego.) Pero mujer, por Dios!...

MART. (Entrando en escena.) Si digo que ya voy?... todavía no están (Cepillando con fuerza los botitos.), qué fastidio!... Cuando estaba oyendo la música!

FABIAN. (Dentro.) Me tienes frita la sangre... Qué mujer!... no sirve para nada...

MART. Para nada?... Gracias!... Pues á bien que no dice usted eso cuando... en fin, más vale callar. (Ap.) Pero señor, que siempre ha de estar rabiando, qué genio!... pero hay ciertos dias que se pone insoportable y hoy es uno de ellos.

## ESCENA II.

MARTINA, D. SULPICIO, por la puerta del foro.

SULP. (Alegremente.) Buenos dias, muchacha; don Fabian está en casa?

MART. (Metiéndose los botitos debajo del brazo.) Y qué se le ofrece á usted?

SULP. Qué se me ofrece? verle, abrazarle: acabo de llegar de fuera y soy su íntimo amigo.

MART. Pues llega usted á buen tiempo, porque hoy está feroz, acaba de tener un acceso de...

SULP. De gota?

MART. No, de furor!

SULP. Bah! en cuanto me vea... (Da algunos pasos dirigiéndose á la habitacion de D. Fabian.)

MART. No se fie usted, porque hay momentos en que no conoce á nadie... desde hace algunos dias yo no sé qué mala yerba ha pisado, ó si le habrá mordido algun perro rabioso.

SULP. Muchacha, tú me inquietas!... Exaltacion creciente y peligrosa: es preciso ver eso, estudiarle y voy ahora mismo...

MART. Si usted se empeña, entre usted; ahí está con su sobrino.

SULP. Con su sobrino?... Entónces volveré: voy á buscar á mi hija, que he dejado en casa de sus primas. Dirás á tu amo que su amigo Sulpicio... pero no, es mejor que no le digas nada...

MART. Como usted guste.

SULP. Hasta luego. (Váse.)

MART. Vaya usted con Dios... (Mirando los botitos.) Creo que ya están bastante relucientes y no tendrá nada que decir...

## ESCENA III.

MARTINA, D. FABIAN y CIPRIANO, saliendo de la habitacion izquierda.

FABIAN. Lo estás viendo, Cipriano?... te digo que esto no se puede sufrir!...

MART. (Aproximándose con los botitos.) Aquí tiene usted los botitos.

FABIAN. Vete al diablo con tus botitos!... te parece regular? me he tenido que poner otros que me aprietan, que me mortifican!... tú tienes la culpa.

MART. Yo?... vaya, que va usted echando un genio!...

FABIAN. Y tú permitiéndote un abandono y unas libertades... yo bien sé por qué, yo me tengo la culpa.

CIP. Vamos, tio, cálmese usted!

FABIAN. Tienes razon; porque si no, seria cosa de estar rabiando todo el dia.

MART. Por el dia es posible, pero por la noche no le sucede así!...

FABIAN. (Registrándose los bolsillos.) Veamos á ver si me falta algo... mi cartera, mi petaca, mis gafas... ah!... Un pañuelo blanco, Martina.

MART. Voy por él. (Vuelve á oirse el organillo en la calle.)

FABIAN. Ántes cierra esa ventana; la música de ese organillo me ataca á los nervios. (Señalando la puerta de la derecha.)

MART. (Cerrando la puerta.) Vea usted lo que son las cosas, y á mí que me gusta tanto esa música! (Váse.)

## ESCENA IV.

D. FABIAN, CIPRIANO y MARTINA, que va y viene.

CIP. Ya no se oye nada.

FABIAN. Afortunadamente!

CIP. Á la verdad, tio, que nunca he visto á usted de tan mal humor.

FABIAN. (Calmándose.) Sí, es verdad... es porque... pero no hablemos de mí. Ahora que estás ya definitivamente establecido en Ocaña como maestro veterinario, ¿vas adquiriendo clientela? estás contento?

CIP. Mucho: á Dios gracias no faltan bestias por aquel pais. Hoy he venido á Madrid á comprar varias drogas que me hacen falta, y le suplico á usted me permita encerrarlas en cualquier parte...

FABIAN. Como gustes. Ya sabes que aquella es tu habitacion. (Señalando la de la derecha.)

CIP. Corriente: voy á guardarlas bajo llave, porque entre estas drogas hay algunas sustancias...

FABIAN. Peligrosas?

CIP. Sí, señor. Con ellas se puede curar un caballo, pero administradas por un asno, matarian un hombre.

FABIAN. Demonio! guárdalas, pues. Conque te quedarás unos dias á mi lado? (Cipriano entra en la habitacion de la derecha y vuelve inmediatamente á la escena.)

CIP. Gracias, tio; yo bien quisiera, pero no me es posible; regreso á Ocaña esta misma noche.

MART. (Entrando.) Aquí tiene usted el pañuelo.

FABIAN. Dame. (Desdoblándole.) Pero qué es esto?

CIP. (Riéndose.) Una funda de almohada!...

FABIAN. Pero, hombre, sé juez; no tengo razon para incomodarme?...

MART. No señor... una equivocacion cualquiera la padece; como la tenia doblada con los pañuelos...

FABIAN. Quítate de mi presencia.. animal... Esta muchacha acabará por quitarme la vida.

MART. Pues no creo que me ha llamado animal!

CIP. (Bajo.) No hagas caso, si es su genio!

MART. Sí, ya lo sé; pero esta noche, en castigo, le pongo á media racion; le suprimo su taza de caldo, que es lo que más le gusta. (Sube al fondo y queda escuchando.)

CIP. Y qué es lo que piensa usted hacer esta mañana, tio?

FABIAN. Tengo un compromiso del que no puedo prescindir; he recibido una carta (Señalando al velador donde se haya la carta.) de mi amigo y médico Fernandez y de Luciano, el ayudante del general, convidándome á almorzar camino de Leganés... Es una tiranía que me preocupa mucho.

MART. Vaya una cosa para incomodarse!

FABIAN. (Á Martina.) En primer lugar, yo no hablo contigo, á la cocina. (Á Cipriano ) En segundo lugar, si no fuera más que eso!... (Martina se aproxima como para escuchar.) Pero y ese pañuelo?

MART. Ya voy, ya voy... (Martina váse por la puerta del foro.)

CIP. Conque hay algo más? y qué es lo que le preocupa á usted?

FABIAN. Cipriano, si tú te hubieras conducido siempre como ahora; si tu conducta hubiera sido tan arreglada, tan juiciosa, habria yo pensado jamás en?...

CIP. En qué?...

FABIAN. En nada, en nada; pero es lo cierto que no me veria en ciertos compromisos... Oh!... qué aburrimiento; pero lo he prometido y ya no puedo faltar á mi palabra!

CIP. (Ap.) Qué será lo que ha prometido?... (Alto.) Pues, señor, siento que esté usted de tan pésimo humor, porque precisamente tenia yo que hablarle de cierto negocio...

FABIAN. Pues despáchate; aunque yo esté enfadado conmigo mismo, eso nada tiene que ver contigo; habla.

CIP. Pues bien, tio; ha de saber usted que he pensado en casarme.

FABIAN. (Con alegría.) Tú? qué es lo que me dices?

CIP. Si esto le contraría á usted?...

FABIAN. Contrariarme? no por cierto, al contrario... Pero, muchacho, hace poco tiempo que ni aún querias que te se hablase de semejante cosa.

CIP. Qué quiere usted, es verdad; pero despues he encontrado en el pueblo la que creo debe ser mi media na-

ranja. En fin, tio, estoy enamorado!

FABIAN. Pues, señor, esto cambia completamente la cosa, quiero decir, la tésis... mejor que mejor... Ahora sí que no asisto á la cita de mis amigos el médico y el ayudante; almorzando me contarás tu amorosa historia, porque está dicho, vamos á almorzar juntos... (Llamando.) Martina! Martina!

MART. (Entrando.) Aquí está ya el pañuelo, y despáchese usted, pues le están esperando en la puerta.

FABIAN. Quién?

MART. Quién ha de ser? el médico y el ayudante del general, con un carruaje muy bonito.

FABIAN. Fatalidad! pues señor! está visto que no les puedo escapar!...

MART. Cómo escapar?

FABIAN. (Con mal humor.) Á tí qué te importa? déjame en paz!... Demonio con la muchacha que en todo quiere meterse!...

CIP. Verdaderamente, tio, no puede usted excusarse, y venir á buscar á usted es ya una galantería de su parte.

FABIAN. Es verdad, no tengo más remedio que ir; pero cree que me arrastran á la fuerza. Conque hasta luego: procuraré volver pronto. (Váse seguido de Martina.)

MART. (Ap.) Que le arrastran á la fuerza? que no les puede escapar? maldito si lo entiendo.

## ESCENA V.

CIPRIANO, despues MARTINA.

CIP. Pues, señor, qué tendrá mi tio? Qué negocio tan grave puede preocuparle tanto? (Mirando sobre el velador.) Esta carta ha dicho; veamos, pues, lo que dice esta carta. (Coge la carta y lee.) «Mi querido Fabian: acabamos de arreglar la entrevista convenida con tu futura. Viuda, rica y de escogido trato, no debes ya vacilar un momento: la vida del solteron debe serte enojosa. Nos es-

pera á almorzar hoy en su preciosa casa de campo, camino de Leganés; Luciano y yo iremos con un carruaje á buscarte. Tuyo, Fernandez.» (Viendo á Martina que entra en escena, guarda la carta.)

MART. (Con una escoba en la mano.) Ya han partido; con permiso de usted, señorito, voy á dar aquí una escobada.

CIP. Puedes hacer lo que quieras. (Ap.) Conque mi tio ha pensado en casarse!... Demonio, esto trastornaria todos mis planes; es necesario renunciar á volver esta noche á Ocaña. Me quedo y voy á mi cuarto á escribir diciendo que no me esperen. (Entra en el cuarto de la derecha.)

## ESCENA VI.

MARTINA, D. SULPICIO y ADELA, por el foro.

SULP. Entra, niña, entra... esta casa es como si fuera la nuestra.

MART. Ah! es usted otra vez?... mi amo no está en casa.

SULP. Pues no me acabas de decir que sí?

MART. Pues ya no está.

SULP. Es singular! pero, en fin, es igual... Siéntate, hija mia; quítate ese sombrero... ya te he dicho que estamos como en nuestra casa, mi amigo Fabian me lo tiene dicho: «Como vengas á Madrid y vayas á parar á otra parte que á mi casa me ofenderé mucho.»

MART. Siendo así, ustedes pueden mandar cuanto gusten.

SULP. Quieres comer algo?

ADELA. No, papá; no tengo apetito.

SULP. Que no tienes apetito?... qué es esto?... tú me alarmas... (Acercándose á Adela con vivo interés y tomándola el pulso.)

ADELA. No, papá, no tenga usted cuidado; si estoy perfectamente buena.

SULP. Es que muchas veces cree uno estar bueno y es todo lo contrario, nos hayamos al borde del sepulcro; por ejemplo. (Señalando á Martina.) Ves esa muchacha, esa

vulgar especie que al paracer disfruta de una salud insolente?

MART. Qué es lo que está usted diciendo?

SULP. Qué apostamos á que comes por cuatro? (Tomándola el pulso.)

MART. (Riendo.) Ya lo creo.

SULP. Á que duermes como un plomo?

MART. Tambien es verdad!...

SULP. Pues es claro!

ADELA. (Ap.) Adios; ya tenemos á mi padre con su monomanía por la medicina y con su empeño de querer curar á todo el mundo.

SULP. Pues bien, hija, siento decírtelo; como continúes así, uno de estos dias vas á reventar como una bomba!

MART. Qué disparate!

SULP. Pero afortunadamente estoy yo aquí... es necesario que desde hoy te pongas en cura y te sometas al régimen que voy á prescribirte. Desde esta noche te beberás cuatro vasos de agua ántes de acostarte.

MART. (Burlándose.) En seguida!... pues no faltaba más.

SILP. Así son todos!... no quieren creerme... Ah! si mi esposa no hubiera sido tan incrédula como los demas, no me encontraria hoy viudo. Afortunadamente mí hija es más dócil, escucha mis consejos, y si su salud es buena, lo debe á los innumerables medicamentos que yo la preparo y que ella tiene muy buen cuidado de...

ADELA. (Ap.) Sí, de arrojar por la ventana.

MART. (Con ambas manos en lo alto de la escoba y la barba sobre el dorso de la mano.) Calle; conque es usted boticario?

SULP. No por cierto. ¡Qué imbécil!

MART. Entónces, médico!

SULP. Dios me guarde. Asesinos! yo soy mucho más que todo eso. Curo por aficion.

MART. Ah!...

ADELA. Sí; en papá la aficion de curar á todo el mundo, aunque no esté enfermo, es ya una monomanía.

SULP. Di más bien que es una vocacion... yo lo curo todo, lo compongo todo...

MART. De veras? pues mire usted, bien podia usted componerme el rabo de la sarten, que esta mañana se me ha quedado en la mano.

SULP. Imbécil!... (Á Adela.) Cuando te digo que esta chica es un animal!... Retírate, hija mia, ves á quitarte el polvo del camino, y á descansar un poco... Entra en la habitacion de mi amigo Fabian... Esta es; (Señalando á la izquierda.) conozco bien la casa.

ADELA. Como usted guste, papá. (Adela váse por la puerta izquierda.)

## ESCENA VII.

SULPICIO, MARTINA.

SULP. Conque sepamos, muchacha; me has dicho que tu amo habia salido, pero sabes tú dónde está.

MART. Toma, camino de Leganés.

SULP. (Vivamente sorprendido.) Qué dices, muchacha?

MART. La verdad: han venido con un coche y se lo han llevado... Si viera usted, qué agitado estaba...

SULP. Que se lo han llevado? y quién?

MART. El médico y un ayudante del general.

SULP. (Cada vez más sorprendido.) Del hospital general!... Vírgen santa!... pobre amigo mio!... y yo que no sabia...

MART. Lo que puedo decir á usted, es que se lo han llevado á la fuerza; él bien hubiera querido escapar, pero, sí, que si quieres.

SULP. Qué desgracia!...

MART. Ni almorzar le han dejado en casa.

SULP. Pero señor, yo no creia que estuviera tan grave!

MART. Grave?...

SULP. (Pasando á la derecha y hablando para sí.) Él, en un hospital de locos, en el establecimiento de Leganés!... es una felicidad que yo haya llegado tan á tiempo... (Á Martina.) Desengáñate, todos los alienistas son unos

borricos!

MART. Los ali... qué?...

SULP. Dime, has observado bien una sesera...

MART. Yo lo creo, como que á mi amo le gustan mucho los sesos rebozados.

SULP. No es eso lo que quiero decir... yo he estudiado á fondo el cerebro humano... ¡en las cabezas de carnero, por supuesto, y hoy me propongo restituir en el de mi amigo ese rayo intelectual que es el más bello ornamento del hombre, y que le diferencia del bruto.

MART. (Con la boca abierta.) Maldito si entiendo una palabra.

SULP. Lo primero que debo hacer es sacarlo de ese asilo mercenario, á donde le han conducido á la fuerza; yo me las arreglaré... En su casa estará mejor cuidado que allí... yo haré que me lo devuelvan; y en seguida, qué sistema adoptaré para su más pronta curacion?... Tenemos en primer lugar los narcóticos, los revulsivos, los refrigerantes, los contunduntes.

MART. Y dígame usted, qué máquinas son esas?

SULP. (Sin hacerla caso.) Todo esto bulle en mi cabeza, y es seguro que yo le encontraré su aplicacion. Por lo que pueda ocurrir, preciso será tenerlo preparado todo... Dime, muchacha, quieres mucho á tu amo?

MART. Sí señor; aunque tiene esos arrebatos, es tan bueno!... aquí no hay más voluntad que la mia... me deja siempre hacer todo lo que yo quiero.

SULP. Pues bien, vas á jurarme, sobre sus cenizas, que me obedecerás en todo... es por su bien.

MART. Siendo así, cuente usted conmigo.

SULP. En primer lugar necesito saber cómo ha empezado esto...

MART. El qué? (Sorprendida.)

SULP. Su estravío... esto lo debes tú conocer mejor que nadie.

MART. Ah! sí... conque tambien usted sabe?... (Bajando los ojos como avergonzada.)

SULP. Se levanta muchas veces por la noche?

MART. (Bajando los ojos.) No señor, nada más que una.

SULP. Es bastante: y cuál es su modo de vivir?

MART. Toma!... como usted y como yo: come, bebe, pasea...

SULP. Qué acostumbra á leer?

MART. Todas las noches, me hace comprar *La Correspondencia*...

SULP. En eso no hay peligro... semejante lectura podria volverle idiota, pero loco, jamás. (Observando los cuadros.) Qué cuadros son estos?... Vírgen Santa... Escenas de batallas, sangre! carnecería!... Es preciso que no los vuelva á ver!... (Los vuelve del revés.)

MART. Qué idea!...

SULP. Todo por su bien!... veamos; que hay en este cajon? (Abriendo el del aparador.)

MART. Los cubiertos!... la bajilla!

SULP. Desgraciada!... quítalos inmediatamente de aquí!... Cuchillos! tenedores!... pues es una friolera!... (Dándole todos los cubiertos á Martina.)

MART. Pero señor, y para comer?

SULP. Con una cuchara de palo tiene bastante.

MART. Pero y las chuletas, el bifftek?...

SULP. Chuletas!... bifftek!... qué desatino!... en lo sucesivo nada de carne, nada de cosas crasas... Acelgas y espinacas es lo más que le permito...

MART. Pues sabe usted que echará buenas pantorrillas.

SULP. Y este sillon? (Indicando el que está cerca del velador.) Fuera! fuera!... es demasiado cómodo... Una banqueta, ó un taburete de madera es lo muy bastante... llévatelo de aquí... Queda condenada tambien la chimenea. (Cerrándola.)

MART. Pero señor, tan malo está?...

SULP. Sí, niña; ya te lo he dicho, todo es por su bien.

MART. Siendo por su bien... obedezco.

SULP. Órden que es preciso seguir en el tratamiento. (Como hablando consigo mismo.) Número primero... eso es... número segundo... número tercero... perfectamente... (Reflexionando y haciendo cálculos.) número cuarto... aún

más fuerte. En fin, número quinto... medio extremo, violento sumamente expuesto... Dime, chica, hay pozo en esta casa?

MART. Sí señor; en el patio.

SULP. Muy bien... esta impresion ó el efecto producido por la caida puede matarle, pero si resiste al golpe, lo curo indudablemente... Vamos, ayúdame; quitemos todo esto de aquí... Ah!... se me olvidaba, hay por aquí cerca algun cerrajero?

MART. Dos puertas más arriba vive uno.

SULP. Muy bien... vamos... (Cogiendo el sillon.)

MART. (Ayudándole y llevándose tambien los cubiertos.) Mi pobre amo!... Quién lo hubiera dicho!... (Ambos se retiran por la puerta del foro.)

## ESCENA VIII.

CIPRIANO, por la derecha; ADELA, por la izquierda.

CIP. Cerrando la puerta y guardándome la llave, no tengo que temer anden en mis drogas; así estoy más tranquilo. (Cierra con llave su habilacion y la guarda.) Ahora voy yo mismo á echar esta carta al correo.

ADELA. (Entrando.) El papá no está aquí!

CIP. (Viéndola.) Qué veo?... Adela!

ADELA. (Mismo juego.) Cipriano!...

CIP. Usted aquí?

ADELA. Conque tambien usted conoce á don Fabian?

CIP. Si es mi tio; casi puedo decir, mi padre!...

ADELA. Pues tambien es él íntimo amigo del mio.

CIP. Qué feliz casualidad!... la cual utilizaré en seguida para la realizacion de mis proyectos.

ADELA. (Con timidez.) Querrá usted decir los nuestros?

CIP. Es verdad. Á otra venturosa casualidad debí tambien el conocer á usted y que nuestros corazones se entendieran. Su falderito estaba enfermo, y temiendo muy justamente los caprichos de su papá, que tiene la manía de querer entender todas las enfermedades y cu-rarlo todo, me lo trajo usted á casa... así empezaron

unas relaciones que hacen hoy mi felicidad; y á propósito, cómo está el pobre Clavel?... creo que así se llamaba aquel precioso falderillo...

ADELA. Ah!. . no me hable usted... estoy afligidísima!

CIP. Pues qué sucede?... por desgracia su papá de usted...

ADELA. Sí señor, sin yo saberlo! le administró una bebida y...

CIP. Basta; no me diga usted más; comprendo lo que sucederia.

ADELA. Lo tenemos ahora disecado debajo de la consola de la sala.

CIP. Pobre animal!

ADELA. Si viera usted cuánto sentimiento me causa cuando le veo! papá tambien lo mira y...

CIP. Sí, como una de sus mejores curas. Bertamos tambien nosotros una lágrima sobre su preciosa piel, ya que fué el lazo que unió nuestros corazones. Ya he dicho algo á mi tio, y en el momento que lo vuelva á ver acabaré de revelárselo todo. Usted por su parte prevenga tambien á su papá para que no le coja de sorpresa.

ADELA. Así lo haré.

CIP. Acabo de escribir á Ocaña para que no me esperen hasta dentro de un par de dias, y si usted me lo permite, voy á echar esta carta al correo ántes de que sea más tarde.

ADELA. Sí, sí; vaya usted, pero no me olvide.

CIP. Hasta luego, Adela; soy el más feliz de los hombres! (Besándola la mano. Váse.)

ADELA. (Con cariño.) Adios.

## ESCENA IX.

ADELA, un momento sola, despues D. SULPICIO.

ADELA. Qué bueno es!... yo no sé cómo ha sido esto, pero es lo cierto que en el poco tiempo que le conozco, he llegado á amarle con toda el alma. No creo que papá, siendo un muchacho tan arreglado, tan juicioso, se

oponga á nuestro enlace, mucho ménos siendo amigo íntimo de su tio... Pero, calle, ya está aquí papá...— Llega muy á propósito.

SULP. (Entrando con un tahurete de pino con respaldo y una camisa de las llamadas de fuerza, que se usan en los hospitales de locos para los que están furiosos.) [1] Esto marcha! ya está aquí la camisa de fuerza que me he procurado en la farmacia inmediata, y que me servirá para un caso desesperado.

ADELA. Papá!

SULP. (Muy preocupado con su idea y sin hacer caso de Adela.) Silencio!... la criada ya sabe lo que tiene que hacer. Ella avisará al cerrajero y todo estará preparado para el momento oportuno.

ADELA. Si tú supieras, papá!...

SULP. (Impacientado.) En este momento nada quiero saber, necesito de toda la integridad de mis facultades para... Tú no sabes... la cosa es muy grave.

ADELA. Pero cuando yo te diga...

SULP. (Paseándose con agitacion y tomando un polvo.) Nada, nada; déjame ahora en paz.

ADELA. Que el jóven de que te he hablado, mi novio, al que amo, es precisamente...

SULP. Quién?...

ADELA. El sobrino de tu amigo, del amo de esta casa.

SULP. (Sorprendido.) De Fabian?... Qué me dices?

ADELA. Y que si quieres hacer la felicidad de tu hija...

SULP. Casarte con su sobrino?... por desgracia, hija, eso es imposible, al ménos en estos momentos.

ADELA. Y por qué, papá?

SULP. Harto pronto lo sabrás. ¡Pobre Fabian! pobre amigo mio!

---

1 La camisa de fuerza es una especie de chaleco con mangas, y que se cierra por la espalda con correas; pero las mangas, en vez de estar separadas, se hallan cosidas por los puños, con objeto de que no puedan sacarse las manos.

ADELA. Pero, papá!...

SULP. Ahora vete; enciérrate en tu cuarto y no salgas de él hasta que yo te llame.

ADELA. Pero por qué no me explicas ántes...

SULP. No puedo, no puedo; obedéceme... necesito estar solo...

ADELA. (Marchándose) Pero, señor, qué quiere decir todo esto?... pues no hay duda que mi matrimonio está bien adelantado... (Váse y se cierra con llave.)

## ESCENA X.

SULPICIO, poco despues D. FABIAN.

SULP. Pronto, mi sombrero, y corramos á salvar al pobre Fabian.

FABIAN. (Entrando en escena sin ver á Sulpicio.) Uf!... héme ya en mi casa.

SULP. Él!...

FABIAN. Afortunadamente he podido escapar, pero qué trabajo me ha costado!...

SULP. (Ap.) Se ha escapado!... tanto mejor; me ahorro el viaje.

FABIAN. (El mismo juego y sin ver aún á Sulpicio.) Ellos querian detenerme á la fuerza, pero he podido más que ellos.

SULP. (Ap.) Pobre amigo mio!... habrá tenido que luchar...

FABIAN. (Viendo á Sulpicio.) Sulpicio!... tú aquí?... (Avanzando para abrazarle. Sulpicio se deja abrazar, pero con ciertas precauciones.)

SULP. (Ap.) Y me reconoce!...

FABIÁN. Conque al fin te decidiste á hacerme una visita?

SULP. Sí, he venido con mi hija.

FABIAN. (Volviendo á estrechar su mano con satisfaccion.) Cuánto me alegro!...

SULP. (Ap.) Pues señor, razona muy bien!... (Alto.) En el momento en que has llegado, me disponia yo para irte á buscar, á librarte de...

FABIAN. Sabias dónde estaba? mi compromiso con?...

SULP. Ah! sí!... todo lo sé... (Con tristeza)

FABIAN. No merecia la pena que te hubieses incomodado, ya he sabido yo solo esquivar el lance...

SULP. Sí, eh?...

FABIAN. Ahora lo conozco; lo que yo iba á hacer era verdaderamente una locura!...

SULP. (Ap.) Él mismo lo conoce!

FABIAN. Á mi edad, encadenarme así... semejantes lazos eran una barbaridad!

SULP. Le habrán atado?...

FABIAN. Pero yo he cortado por medio, lo he roto todo, y héme aquí.

SULP. (Ap.) Canario!... que lo ha roto todo... estemos sobre aviso.

FABIAN. Ponerme la cuerda al cuello, á mí... empeñarse en que á la fuerza me habia de... Cá!... no, en mis dias... héme al fin libre, libre; lo demas era el completo extravío de la razon.

SULP. (Ap.) Bien, ahora divaga...

FABIAN. Desembaracémonos de este incómodo traje... venga mi bata y mis pantuflas... ¿Pero Martina? dónde está Martina?... Martina!... (Llamando.)

SULP. (Ap.) Sí, llama, llama; en seguida va á venir...

FABIAN. (Dirigiendose al sitio donde estaba el sillon.) Uf!... qué cansado estoy... (Se sienta en el tahurete, pero se levanta inmediatamente.) Eh?... qué es esto? y mi sillon?

SULP. Qué más te da?... ese asiento es muy cómodo.

FABIAN. Pues no me ha de dar! y teniendo yo mi sillon que es muy cómodo: pero, calla, (Reparando en los cuadros.) qué es lo que pasa aquí? quién ha vuelto mis cuadros del revés?...

SULP. (Vivamente y deteniéndole.) Alto! ahí no se toca, eso no se mira!...

FABIAN. (Sorprendido.) Y por qué?

SULP. (Con cariño.) Es un capricho mio, y yo te lo suplico... es por tu bien.

FABIAN. (Cada vez más sorprendido.) Un capricho? en fin, bueno, como gustes; pero esa estúpida criada, lo ha revuelto

aquí todo durante mi ausencia; y necesito que me explique... Martina! (Llamando.)

SULP. (Ap.) No hay miedo que venga mientras yo no la llame; ademas, que la tengo colocada en su sitio, es decir, encima de esta habitacion para obrar en el momento oportuno.

FABIAN. (Muy incomodado.) Pero señor, se habrá propuesto esta muchacha burlarse de mí?

SULP. Cálmate, hombre, cálmate!... (Tomándole el pulso.) el pulso está muy agitado, casi febril!

FABIAN. Qué dices? por qué me tomas el pulso?

SULP. Nada, otro capricho... (Ap.) Empecemos el tratamiento, número primero; influencia de la agricultura... (Alto.) Sabes lo que deberias hacer?... bajar conmigo un poco al jardin!... Allí coges un escardillo ó un azadon y un par de horas de trabajo te harán mucho provecho, estoy seguro.

FABIAN. Que vaya yo á cavar, ó á escardar?... hombre, tendria que ver!... eso es incumbencia de mi jardinero.

SULP. (Ap.) No muerde el anzuelo!

FABIAN. Pero será que Martina se ha vuelto sorda?... Uf!... y qué calor hace aquí!... (Limpiándose el sudor con el pañuelo.)

SULP. Es verdad... ven conmigo á la ventana... (Se dirige á abrir la ventana y dice ap.) número segundo. (Alto.) Este aire consuela, no es verdad?

FABIAN. (En la ventana.) Ciertamente!

SULP. (Ap.) Prevengamos á Martina. (Tose fuertemente.) Hum! Hum!! (Alto.) Es muy bonito tu jardin!... Calle! qué es lo que veo allá bajo?... es un conejo?...

FABIAN. (Mirando por la ventana.) Cómo un conejo? dónde?...

SULP. (Señalando.) Allí, á la izquierda, entre aquel cuadro de flores... Saca bien la cabeza... (Fabian saca completamente la cabeza fuera de la ventana.) Ahora!... (Un cubo de agua lanzado desde el piso superior, viene á caer sobre la cabeza de Fabian.)

FABIAN. (Inundado de agua da un grito y se retira de la ventana.) Ah!...

SULP. (Contentísimo y frotándose las manos.) Sorprendente; veamos la influencia de la hidropatía!...

FABIAN. (Sacudiéndose el agua.) Brr!... si estoy calado!... pronto, una tohalla, una sábana, cualquier cosa! (Sulpicio vuelve á cerrar la ventana.) Vaya una gracia! y esto no es más que esa bribona de Martina!... ¡Ah! lo ha hecho con intencion!... en cuanto la coja la estrangulo...

SULP. (Deteniéndole.) Qué dices, hombre?... ensañarte con una débil mujer!...

FABIAN. Déjame en paz, ¡truenos y rayos! es que todo el mundo se ha propuesto hoy burlarse de mí?

SULP. (Ap.) Malo, malo!... la hidropatía en vez de calmar la excitacion nerviosa produce en su organismo un efecto contrario!

FABIAN. (Estornudando.) Atchí!... está bien... ya me he constipado; es lógico! (Abriendo el cajon del boufet.) Aquí habrá alguna servilleta!... Cómo?... qué quiere decir esto?... los cajones están vacíos... la plata ha desaparecido; me han robado mis cubiertos! (Estornuda otra vez.) Achí!... infame!... (Pegando en puñetazo sobre el boufet.) Oh!... no se me escapará!...

SULP. (Ap.) Demonio! se pone furioso... pronto, utilicemos mi precaucion.

FABIAN. Yo no puedo permanecer en este estado.

SULP. Es claro... mira, quítate la levita y déjame hacer... voy á ayudarte.

FABIAN. (Quitándose la levita.) Está bien, pero despáchate.

SULP. (Poniéndole la camisa de fuerza sin que Fabian se aperciba.) Mete un brazo por aquí; el otro por aquí...

FABIAN. Pero esto no es mi bata!...

SULP. Y eso qué importa?... lo mismo dá...

FABIAN. (Con los brazos cogidos por la camisa.) Pero qué demonio de chaleco es este?...

SULP. Ya verás, ya verás!... Siéntate. (Le hace sentar á pesar suyo en el taburete con respaldo y le ata al mismo con las correas.)

FABIAN. Canario! que me haces daño!...

SULP. Magnífico! muévete ahora, si puedes...



FABIAN. Pero por qué me atas?

SULP. Por tu bien, hijo, únicamente por tu bien; como todo lo que me resta hacer. Ahora puedo decírtelo sin temor de que me estrangules; no ha sido la criada la que ha desarreglado todo esto, he sido yo...

FABIAN. Tú?... y con qué objeto?... pero es que te has vuelto loco?... (Reflexionando y ap.) Ah! Dios mio!... qué idea... no tiene duda... eso es: hace tiempo que era monomaniaco, pero de esto á locura... vamos, quiere decir que la enfermedad habrá tomado más sérias proporciones y ahora... Pobre Sulpicio!... pobre amigo mio!...

SULP. No es verdad que si te devolviese la libertad me despedazabas?...

FABIAN. (Ap.) No le irritemos!... (Alto y con dulzura.) No por cierto, amigo amigo mio; al contrario, debo estarte muy agradecido; si se está muy bien así...

SULP. Que sea enhorabuena... ya te veo más razonable, y como continúes así quedarás contento de mí... adios!...

FABIAN. Qué?... te vas?... me abandonas en este estado?...

SULP. Si es por tu bien; voy á prepararte el número tres... (Reflexionando.) Y cuál es el número tres?... ah! sí, ya me acuerdo!...

FABIAN. Pero hombre! por favor, te suplico...

SULP. Quieto!... vuelvo al instante. (Hace que se va y vuelve.) Ah! dime: ¿cómo te gustan más la espinacas, en tortilla ó en ensalada?...

FABIAN. (Ap.) Lo dicho, loco rematado!...

SULP. Hasta luego. (Váse.)

## ESCENA XI.

FABIAN, sólo.

Pero señor, qué desgracia!... y cómo ha sucedido esto? (Estornudando.) Atchí!... imposible sonarme... No tiene duda, mi amigo ha perdido completamente el juicio!... y yo que me he dejado atar como un imbécil!...

## ESCENA XII.

FABIAN y CIPRIANO.

CIP. (Viéndole.) Tan pronto de vuelta, tio?

FABIAN. Ah!.. eres tú, Cipriano?... el cielo te envia.

CIP. Qué diantres hace usted ahí y en esa postura?...

FABIAN. Mira, en primer lugar suéname... luego te diré lo que esto significa.

CIP. Que le suene á usted? (Reparando mejor.) Calle! pues si está atado. Já, já, já...

FABIAN. No te rias y desátame... Esto no es broma, ni cosa de risa.

CIP. Pero qué sucede?... (Desatándole.)

FABIAN. Pobrecito!...

CIP. Quién?

FABIAN. Él, mi amigo!...

CIP. Maldito si entiendo una palabra... Yo que le creia á usted camino de Leganés, diciendo ternezas á mi futura tia!...

FABIAN. Ah, bribon, conque te permites leer mis cartas?

CIP. Únicamente la que dejó usted abierta sobre esa mesa; por ella he sabido que pensaba usted casarse.

FABIAN. Lo pensé por un momento; pero al presente, he renunciado al bodorrio...

CIP. Será cierto?...

FABIAN. He roto mi compromiso y tú eres la causa.

CIP. Yo?...

FABIAN. Aburrido de mi soledad, de mi aislamiento, pensé en esa locura; pero desde el momento en que tú te casas, me uno á vosotros, y quiere decir que ya tengo una familia... (Suenan golpes de martillo hácia el jardin.) Qué golpes son esos?... (Continuando.) Pero aún no me has dicho quién es la persona de tu eleccion...

CIP. Por una feliz casualidad creo no haber podido hacer una eleccion más á gusto de usted...

FABIAN. De veras?

CIP. Porque la que yo amo es precisamente la hija de su amigo don Sulpicio.

FABIAN. (Sorprendido.) De Sulpicio!... qué desgracia!... hijo mio, ese matrimonio es imposible.

CIP. Imposible?...

FABIAN. Al ménos, por ahora.

CIP. Pues qué, mi amada Adela...

FABIAN. Es un tesoro de virtud y de belleza; tengo un placer en reconocerlo.

CIP. Pues entónces...

FABIAN. Pero el padre... no lo has observado?

CIP. Hoy no he visto aún más que á su hija, en esta sala...

FABIAN. Entónces, fuerza es que sepas una cosa desastrosa... (Vuelven á sonar los martillazos.) Otra vez?... (Continuando.) Mi pobre amigo se ha vuelto loco, pero rematado.

CIP. Oh!... imposible:... está usted seguro?

FABIAN. Que si estoy seguro!... él es el que me ha atado á esa silla; él es el que ha revuelto toda mi casa, trastornado los cuadros, escondido mis cubiertos, y lo que es peor aún, el que me ha hecho arrojar un cubo de agua sobre la cabeza.

CIP. Será verdad? Dios mio!...

FABIAN. Conque ya ves que no es el momento más á propósito para pensar en bodas.

CIP. Y qué hacer?...

FABIAN. Lo primero avisar inmediatamente á su familia: en Madrid tiene algunos parientes.

CIP. Yo me encargo de irlos á buscar.

FABIAN. Sí, corre; no hay un momento que perder: calle de la Bola, número cuatro, principal.

CIP. Corro, pues. (Váse.)

## ESCENA XIII.

FABIAN, sólo, despues SULPICIO y MARTINA. El primero, con un organillo, la segunda, con unos hierrecillos.

FABIAN. Pero, señor una desgracia de esta naturaleza!... (Golpes

de martillo.) Y dale con los golpecitos... esto va siendo ya insoportable... Si tendremos obreros en casa? parece que es en el jardin... Veamos... (Se dirige á la ventana, pero ántes de abrirla, retrocede al oir la voz de Sulpicio.)

SULP. (Dentro.) Sígueme y atencion.

FABIAN. Es su voz!... es decir que vuelve á la carga... si me encontrase de pié y desatado... pronto... pronto; pongámonos este chaleco, y hagamos creer que no me he movido. (Vuelve á ponerse la camisa de fuerza, de cualquier modo, y se sienta figurando que aún permanece atado y sin movimiento.)

SULP. (Entrando con Martina.) No se ha movido!... bravo!... (Llamando á Martina.) Avance el número tres.

MART. (Disponiéndose á tocar los hierros.) Empiezo ya?

SULP. Aún no.

FABIAN. (Ap.) Y traen un organillo! Cuál será su proyecto?

SULP. (Á Martina.) Ahora!... (Martina toca los hierros; Sulpicio la acompaña con el organillo.)

FABIAN. (Ap.) Jesus y qué horrible música.

SULP. Número tres. Influencia de la música en los cerebros atacados de... (Dirigiéndose á Fabian.) Qué te parece esta... [1]

FABIAN. (Con mucha dulzura.) Preciosa!... (Ap.) Lo principal es no contrariarle...

SULP. Seguro estaba!...

FABIAN. (Ap.) Habrá usted visto la bribona de la muchacha!... en cuanto la coja á tiro...

SULP. La música produce siempre estos maravillosos efectos. (Á Martina.) Canta, muchacha... (Aquí, la actriz canta á capricho lo que quiera, acompañada con el organillo y desentonando. Sulpicio la acompaña y baila á compás.)

MART. (Á la conclusion.) Magnífico!...

SULP. (Dando palmadas.) Soberbio!...

---

1 Aquí el actor deberá decir la pieza de música que toque el organillo.

FABIAN. (Que no puede contenerse más, salta de la silla, lo tira todo, y coge una escoba que está en un rincon de la sala.) Conque magnífico, eh? Ahora te daré yo el magnífico, infame. (Persigue á Martina, que se salva por la puerta del foro, y cierra con llave.)

MART. Huyamos! (Váse.)

SULP. Se ha desatado!... qué desgracia!... está visto que la música no ejerce influencia... pasemos al número cuatro. (Saca á escondidas una pistola de bolsillo que muestra al público: Fabian se pone su levita.)

FABIAN. Ha hecho bien en escapar... (Se oye la llave en la cerradura al cerrar Martina.) Cómo?... y echa la llave!...

SULP. (Ap.) Torpe!... y me deja encerrado con él!

FABIAN. (Asustado.) Qué compromiso!...

SULP. (Ap. y con miedo.) Cómo evitar... (Ambos se observan con desconfianza.)

FABIAN. (Con mucha amabilidad.) Mi querido amigo?...

SULP. (Id.) Mi amado Pilades? (Ap.) Cuando ha roto sus ligaduras, es prueba de que tiene aún mucha fuerza; si se le antoja es capaz de ahogarme.

FABIAN. (Ap.) Qué hablará entre dientes?... Cómo me mira!... si le diera un arrebato!... y yo que estoy sin armas!...

SULP. (Ap.) Afortunadamente tengo mi número cuatro. (Enseñando al público la pistola.) Pero como está cargada sólo con pólvora, no hay medio de defenderse en un caso apurado...

FABIAN. (Ap.) Ah!... qué idea!... aquí precisamente debo tener mis navajas de afeitar: (Buscando en el cajon del velador ó mesa pequeña de la derecha, primer término.) haré que me afeito, y al verme ya con armas, se intimidará!...

SULP. (Ap.) Qué está buscando? (Alto.) Qué es lo que buscas, Fabian?

FABIAN. Yo?... nada... (Saca una navaja y el cuero y se pone á afilarla.)

SULP. (Ap.) Santo cielo!... Navajas en su poder! torpe de mí, que no las escondí ántes!... Y las afila. ¿Si querrá pro-

barlas en mi pellejo? (Alto.) Qué es lo que vas á hacer con esa navaja?

FABIAN. Qué he de hacer, afeitarme!

SULP. Vaya un capricho!...

FABIAN. Y qué? si á mí me da la gana de afeitarme, no soy yo dueño de mis acciones?

SULP. Pero si estás temblon .. mira, dame la navaja y yo te afeitaré... será lo mejor...

FABIAN. Tú?... Un demonio!... Cualquier dia me pongo yo en tus manos!...

SULP. (Avanzando.) Vamos, sé razonable, Fabian; dame esa navaja, no te arrepentirás...

FABIAN. (Retrocede un paso, blande la navaja y dice con voz estentórea.) Sulpicio, no te aproximes, no avances un paso, mira que te degüello... (Ambos retroceden asustados.)

SULP. (Ap.) Procuremos huir!...

FABIAN. (Ap.) Si pudiera escapar!... (Ambos se dirigen á paso de lobo, pero siempre observándose, el uno por la izquierda y el otro por la derecha, buscando las puertas.)

SULP. Ah!... esta puerta!... Imposible; está cerrada, y yo tengo la culpa!

FABIAN. (Á la de la derecha.) Cerrada tambien! y Cipriano tiene la llave!.. No hay medio de huir.

SULP. Pero, señor, ninguna salida. No hay otro remedio, empleemos el número cuatro. La intimidacion. (Enseñando su pistola.)

FABIAN. (Retrocede á su vez.) Una pistola!... Conque quieres matarme, bandido!

SULP. (Apuntándole.) Si te meneas te abraso!

FABIAN. Si das un paso más, te divido. (Blandiendo la navaja de afeitar.)

SULP. (Temblando.) Desgraciado, cálmate!

AMBOS. Ah! (Sin querer se le escapa el tiro: ambos se dejan caer en tierra como muertos.)

FABIAN. Soy muerto.

SULP. Socorro, al asesino!...

## ESCENA XV.

Los MISMOS, CIPRIANO, MARTINA y ADELA.

MART. Misericordia! qué desgracia!...

ADELA. Pero qué es esto? (Mirando á ambos tendidos en el suelo y sin movimiento.)

MART. (Llorando.) Que mi pobrecito amo!...

CIP. Mi tio...

ADELA. Mi padre.

FABIAN. Cogedle!... (Ambos se levantan á un tiempo y vienen á esconderse detrás de los otros personajes.)

SULP. No le solteis!

FABIAN. El desgraciado ha perdido el juicio.

ADELA. Mi padre? qué disparate!

SULP. Mi pobre amigo que está loco furioso!

FABIAN. Yo?...

CIP. Señor mio, que está usted en un error.

SULP. Cómo en un error? (Dirigiéndose á Martina.) Dime, no me has dicho tú esta mañana que tu amo iba camino de Leganés?

MART. Sí, señor.

SULP. Y que el médico y el ayudante del general habian venido á buscarle y lo habian llevado á la fuerza.

MART. Claro está... y qué?...

SULP. Pues me parece...

FABIAN. Ahora lo comprendo; con tu maldita manía de querer curarlo todo, me has hecho pasar una mañana!...

SULP. Pero aún no me explico.

FABIAN. Muy sencillo: que mis amigos Fernandez, el médico, y Luciano el ayudante del general, vinieron á buscarme en coche para ir á almorzar á una posesion camino de Leganés, y como este convite no era muy de mi gusto, por eso te dijeron que me llevaban á la fuerza.

SULP. Siendo así dame un abrazo. Qué peso se me ha quitado de encima... no siento más que no haber podido utilizar mi número cinco.

FABIAN. (Sonriendo.) Y cuál era?

MART. Una pequeñez: tirarle á usted de cabeza al pozo...

FABIAN. Demonio! pues me divierto como hay Dios!...

CIP. Y yo que he avisado á su familia!

FABIAN. Eso no importa; comerán con nosotros y nos pondremos de acuerdo para ver cuando casamos á estos chicos.

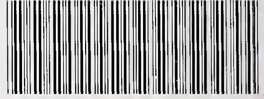
SULP. Por mí, cuando tú quieras... tengo mucho gusto en que mi hija sea tu sobrina y tu sobrino mi yerno.

FABIAN. (Dirigiéndose al público.)

Siento general temblor;
es agitacion ó miedo?
Yo definirlo no puedo
y eso que soy hablador.
Natural es mi temor
porque aquí en un potro estamos:
vuestra sentencia esperamos;
llegue un aplauso á mi oido,
que á mí me gusta el ruido
cuando se hace con las manos.

FIN.


LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 872 1


LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 872 1